

tencia. Pero, por entre sus dedos apretados contra su corazón, sentía el hervor de la savia más impetuoso, la fuente de vida desbordaba, apartaba los obstáculos para correr libremente, arrojando los restos del naufragio á las dos orillas, clara y triunfante bajo el sol.

Vencida desde aquel momento, Carolina debió abandonarse á la fuerza irresistible del continuo rejuvenecimiento. Como decía muchas veces riendo, ella no podía estar triste. La prueba estaba hecha, acababa de tocar el fondo de la desesperación, y he aquí que la esperanza resucitaba todavía, destrozada, ensangrentada, pero vivaz, á pesar de todo, más grande de minuto en minuto. Ciertamente, no le quedaba ninguna ilusión, la vida era decididamente injusta é innoBLE, como la naturaleza. ¿Por qué entonces, esa sinrazón de amarla, de quererla, de contar, así como los niños á quienes se promete un placer diferido siempre, con el objeto lejano y desconocido, hacia el cual, nos conduce sin fin? Luego, cuando entró en la calle de la Calzada de Antin, ni siquiera razonó más; la filósofa, la sabia y la letrada abdicaba, fatigada de la inútil investigación de las causas; ya no era más que una criatura dichosa con el hermoso cielo y el aire templado, gustando el único goce de sentirse sana, de oír el firme taconeo de sus piecitos sobre la acera. ¡Ah, la alegría de ser! ¿Acaso existe otra, en el fondo? ¡La vida tal como es, en su fuerza, por abominable que sea, con su eterna esperanza!

De regreso á su habitación de la calle de San Lázaro, que dejaba al día siguiente, Carolina acabó sus baules; y como diera la vuelta á la sala de los planos, vacía ya, vió, en las paredes, los planos y las acuarelas, que había pensado atar en un solo rollo, en el último momento. A cada hoja de papel, deteniase como en un ensueño, antes de arrancar los cuatro clavos de los cuatro ángulos. Revivía sus lejanas jornadas de Oriente, de aquel país tan amado, del que parecía haber conservado en ella la esplendente luz; revivía también los cuatro años que acababa de pasar en París, aquella crisis de todos los días, aquella loca actividad, el monstruoso huracán de millones que había atravesado su vida, devastándola; y, de aquellas ruinas todavía calientes, sentía ya germinar, abrirse el sol, toda una florecencia. Si el Banco nacional turco se había hundido detrás del Universal, la Compañía general de Vapores reunidos quedaba en pié y próspera. Volvía á ver la costa encantada de Beyrut donde se alzaban, en medio de inmensos almacenes, los edificios de la administración cuyo plano sacudía en aquel momento: Marsella puesta á las puertas del Asia Menor, el Mediterráneo conquistado, las naciones aproximadas, pacificadas acaso. Y en aquella garganta del Carmelo, aquella acuarela que desclavaba, ¿no sabía por una carta reciente, que ya había brotado todo un pueblo? La aldea de quinientos habitantes, nacida al principio alrededor de la

mina en explotación, era ahora una ciudad, muchos millares de almas, toda una civilización, caminos, fábricas, escuelas, que fecundaban aquel rincón muerto y salvaje. Después, allí estaban todavía los trazados, las nivelaciones y los perfiles para la línea férrea de Brusa y de Beirut por Angora y Alepo, una serie de grandes hojas que arrollaba una á una: sin duda transcurrirían años antes de que las gargantas del Taurus fuesen atravesadas á todo vapor; pero ya aflúa la vida de todas partes, el suelo de la antigua cuna acababa de ser sembrado de una nueva cosecha de hombres, el progreso de mañana crecería allí con un vigor de vegetación extraordinario, en aquel maravilloso clima, bajo los grandes soles. ¿No era aquello el despertar de un mundo, la humanidad ensanchada y más dichosa?

Ahora, Carolina ataba el paquete de planos con una fuerte cuerda. Su hermano, que la esperaba en Roma, donde ambos iban á recomenzar una existencia, le había recomendado mucho que los embalase con cuidado; y, cuando apretaba los nudos, se acordó de Saccard, que sabía estaba al presente en Holanda lanzado de nuevo en un negocio colosal, la desecación de inmensos pantanos, un pequeño reino conquistado al mar, gracias á un complicado sistema de canales. Tenía él razón: el dinero, hasta aquella hora, era el estercolero en donde brotaba la humanidad de mañana; el dinero, emponzoñador y destructor, era el fermento de toda vegetación social,

el abono necesario para los grandes trabajos que facilitan la existencia. ¿Le venía, pues, aquella vez su esperanza de su creencia en la utilidad del esfuerzo? ¡Dios mío! Por encima de tanto fango removido, por encima de tantas víctimas aplastadas en el camino, de todo ese horrible sufrimiento que cuesta á la humanidad cada paso hacia adelante, ¿no hay un objeto obscuro y lejano, algo superior, bueno, justo, definitivo, al cual vamos sin saberlo, y que nos llena el corazón con la obstinada necesidad de vivir y de esperar?

Y Carolina estaba alegre á pesar de todo, con su rostro siempre joven, bajo su corona de blancos cabellos, como si se rejuveneciese á cada Abril, en la vejez de la tierra. Y, al recuerdo de vergüenza que le producían sus relaciones con Saccard, pensaba en la espantosa inmundicia con que se ha ensuciado igualmente el amor. ¿Por qué, pues, hacer responsable al dinero de las suciedades y de los crímenes de que es causa? ¿Está menos manchado el amor, él que crea la vida?

FIN DEL VOLUMEN SEGUNDO Y ÚLTIMO.

